

Poco a poco, la figura del hombrecito avanzaba en el tablero por propia voluntad, y Julián no recordaba cuándo fue que aquello dejó de asombrarlo.

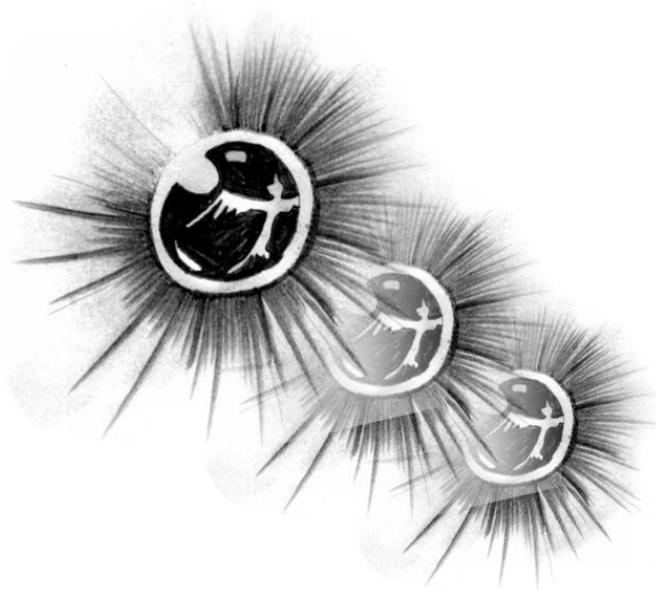
Doce de agosto, quince, veintidós. Fue soberbio y temeroso, altanero y justo, escuchó y se hizo escuchar, y fue libre el veinticuatro de agosto.

Agotado, al límite de su propia excitación, ajeno a su voluntad y cautivo de aquel juego que había creado, decidió que el fin llegaría cuando la suerte eligiera pájaro tres días consecutivos.

Aquello podía ocurrir esa semana o podía no ocurrir jamás.

Pero creía que el azar, que dominaba su vida desde el tres de agosto, debía decidir cuándo sería la última tirada de los dados.

Agosto llegó a su fin, y septiembre y octubre.



Julián era un espectro, en más de una oportunidad sintió deseos de mirar a su jefe a los ojos y gritar que por fin había perdido, quiso ser obscenamente injusto, sin ganas de escuchar a nadie, sin orgullo y sin soberbia decidía sin embargo seguir adelante, por dos razones tan extrañas como naturales a esa altura de los acontecimientos.

El pequeño humanoide seguía moviéndose cada día, de cuadro en cuadro, acaso por una oculta faceta de Julián, quien se suponía, para ese entonces, como sonámbulo o demente.

Por otra parte, el azar jamás había elegido la figura de la boca.

Hasta que el 24 de noviembre, la boca salió.

Julián bajó temblando por las escaleras, salió a la calle aturdido, tambaleándose entre la gente gritaba que todo era un juego, que quería volver a ser Julián y no un muñeco de miga en